

CAPITULO XLVII.

Moctezuma y sus consejeros.



EMOS visto á Moctezuma indignarse primero.

Caer en el desaliento despues.

Pero estas impresiones tenian que ser dominadas por la necesidad.

Los españoles, segun el contenido del último mensaje, estaban resueltos á llegar hasta la ciudad de México.

Era de todo punto indispensable que se detuvieran y retrocediesen, porque se encontraban al paso de los enemigos del imperio, que harian causa comun con ellos, y podian muy bien perder el terreno que hasta entónces habian ganado.

La supersticion del pueblo por una parte, la suya propia por otra, las señales de division y de ruina que veia doquiera, le impulsaban á tomar una actitud resuelta, enérgica, desesperada, porque veia acercarse los últimos momentos de su reinado, y no sólo sufría ante la idea de la pérdida, sino bajo la influencia de ese remordimiento que se apodera de los culpables cuando llegan á las puertas de la eternidad.

Hasta entónces habia resuelto Moctezuma todas las complicaciones por sí solo.

Sus ministros, sus consejeros, las personas que vivian en torno suyo, no habian desempeñado nunca más que el papel de esclavos, de ejecutores de sus órdenes.

Pero en tan apurado trance, en tan crítica situacion, necesitaba el auxilio de todos los que le rodeaban; y cuando la apre-

miente necesidad le obligó á variar de conducta, convocó á un consejo, en el que dió entrada á muchos generales y muchos sacerdotes: á todos los altos personajes de la córte.

El pueblo mismo, que estaba acostumbrado à verle decidir sin auencia de nadie, al saber la determinacion que habia tomado, no pudo ménos de alarmarse, porque aquella determinacion fué á sus ojos un síntoma de la debilidad de su soberano.

Pero la conmocion que experimentaba, el temor que sentia, le hacia acomodarse mejor á la esclavitud á que estaba condenado, y ante el peligro de la invasion extranjera, se unia como su mayor enemigo.

La noche que precedió á aquella solemne ceremonia, fué para Moctezuma una noche horrorosa.

En vano recordaba todos los elementos de que podia disponer para contrarestar el empuje de los extranjeros.

En vano le presentaba su imaginacion el inmenso poderío que le daban sus tesoros para adormecer en caso necesario la codicia de los españoles.

En vano la soberbia le aconsejaba resistir, ofreciéndole las fuerzas necesarias para vencer.

Sus ojos no podian cerrarse.

El sueño no le tendia sus amantes brazos.

El insomnio y la fiebre atormentaban su cuerpo y su alma, Llamó en su auxilio á sus dioses tutelares.

Ofreció sacrificar en sus aras gran número de víctimas.

Un horrible espectáculo se presentaba á su imaginacion.

De las entrañas de la tierra surgia una llama, que iba extendiéndose poco á poco, y devorando cuanto encontraba al paso. Aquella llama debia acabar con su imperio.

Todos los crímenes que habia cometido en nombre del absolutismo, eran nuevos y dolerosos torcedores, que aprovechándose del desaliento en que vivia, le atormentaban con horrible crueldad.

Llegó por fin la luz del día.

Llegó por fin la hora en que, obedientes á la voz de su amo, acudieron al imperial palacio, donde ocultaba sus amarguras aquel gran rey, los aduladores que iban á asistir á aquel consejo, para acordar los medios de salvar la situación.

En presencia de los magnates recobró por un momento Moctezuma su habitual orgullo, su aire despreciativo, su insolente mirada, su palabra atrevida; y en vez de acercarse á ellos para pedirlos consejo, bajo la impresión del temor:

—Os he llamado, dijo, para daros cuenta de la llegada á las fronteras del imperio de unos extranjeros audaces, que por que han conseguido algunos triunfos sobre infelices hordas de desarmados indios, han llegado á creer que pueden subyugarme.

No me asusta su audacia, no me intimida su deseo.

Seguro estoy de que en presencia de cualquiera de mis ejércitos, retrocederian espantados.

Pero mis enemigos murmuran de mí.

Me llaman tirano, porque resuelvo por mí mismo todas las complicaciones que detienen la marcha de mi voluntad; quiero desmentir esos falsos rumores, quiero demostrar que me calumnian los que tal dicen, y os llamo para anunciaros los propósitos de los extranjeros, y para saber qué resolución os parece más prudente tomar en vista de la obstinación con que se oponen á ejecutar mis órdenes.

Los cortesanos, acostumbrados á adivinar los deseos de los monarcas en sus miradas, comprendieron que no estaba el emperador tan tranquilo como suponían sus palabras.

—No es que tema, añadió Moctezuma, á esos extranjeros; aunque se coaligaran con mis enemigos, no me intimidarian.

El mejor medio de vencerlos sería permitirles que llegaran hasta aquí, y se convencerían del inmenso amor que me tienen mis vasallos, y lo resueltos que están á derramar su última gota de sangre en mi defensa.

Pero las circunstancias son muy críticas.

Vosotros os hallais bajo la presión de los sucesos extraordinarios que han tenido lugar en estos tiempos.

Ellos indican que nuestros dioses no están satisfechos de nuestra conducta, que necesitan sacrificios de nuestra parte.

Os avisan de esa manera para que prestéis mayor sumisión á vuestro monarca, para que le deis fuerza, y que con vuestro apoyo pueda contrarrestar las asechanzas de los enemigos.

—No hay duda, exclamó uno. Nuestros dioses han adivinado que llegarían los extranjeros, y todos los acontecimientos que hemos presenciado han sido avisos y demostraciones de su parte rechazándolos.

En nombre de nuestros dioses, no debemos dejarlos avanzar.

—Pero, ¿cómo oponernos? dijeron algunos.

—¿No tenemos noticias de su valor?

—Sus armas son mortíferas.

—Esos monstruos en los que cabalgan bastan para destruir los más poderosos ejércitos.

—Ahí están los infelices habitantes de Tabasco para darnos ejemplo de lo que puede suceder.

—Además, esos hombres son, por fuerza, inmortales.

—Las flechas se rompen al tocar en su pecho.

—Y poseen el rayo y el trueno.

—Evitad, evitad que se acerquen á México (B). Podrían irritarse nuestros dioses y arrojar sobre nosotros el azote de su furor.

—El monstruo de Potocatepec arroja estos días grandes llamas.

—Apiadaos de nosotros.

—Emplead todos los medios para que no penetren en vuestros dominios.

—Pues bien, dijo Moctezuma; les negaré la licencia que solicitan.

—No es eso bastante; inclinad su ánimo para que se alejen.

—Mandaré que salgan inmediatamente de mi imperio, y para que no crean que es miedo, para que vean que sabemos agasajar hasta á nuestros enemigos, le enviaré un nuevo presente, obligando su gratitud á la obediencia.

—¿Y si á pesar de todo, exclamaron algunos, persisten en venir?

—Si tal sucede, dijo con rabia Moctezuma, recurriré á los medios más violentos, reuniré un ejército poderoso, y yo y todos mis vasallos iremos á contrarestar su empuje, á detener su paso.

Esta fué la determinacion que tomó el emperador.

Inmediatamente reunió nuevas joyas y objetos de valor para enviarlos á Hernan Cortés, y dispuso que los correos trasmitiesen inmediatamente sus órdenes y regalos á Pilpatoe y á Teutila, para que éstos comunicasen su formal resolucion á los españoles.

Moctezuma labraba de aquel modo sus cadenas.

CAPITULO XLVIII.

El ultimatum de Moctezuma y el desaliento de los españoles.



os días que empleó Moctezuma en dar una resolucion al terrible problema que le amenazaba, trascurrieron para los españoles en dudas y zozobras.

Francisco de Montejo partió por orden de Hernan Cortés, con los más descontentos y revoltosos, á buscar un puerto abrigado y un territorio más fértil y á propósito donde residir, en tanto que llegaba la hora de avanzar hácia México.

Con los soldados que le quedaron y el auxilio de Marina, procuró seguir catequizando á los indios, á fin de utilizar las simpatías que en ellos despertaba, para hacer más difícil la guerra.

Montejo regresó en breve muy satisfecho.

Siguiendo la costa, al volver hácia el Norte, habia descubierto una poblacion situada en un terreno fértil, y al lado de una ensenada, que los pilotos consideraron como el puerto más abrigado que podia hallarse para las carabelas.

En efecto, los vendavales perdian su fuerza al chocar con unos elevados peñascos que protegian las embarcaciones.

Llamábase aquel pueblo Quiabislan.

Estaba á doce leguas de distancia de San Juan de Ulúa.

Estas noticias, que comunicó Montejo al caudillo, le obligaron á éste á trasladar el cuartel á aquel punto.

Pero no podia tomar esta resolucion sin saber la respuesta que daria el emperador Moctezuma á su ultimatum.

No tardaron los embajadores de aquel poderoso emperador en satisfacer su curiosidad.

Al día siguiente de la llegada de Montejo, se presentaron varios indios en nombre de Teutila para anunciarle que al día siguiente iría él y Pilpatoe, para darle cuenta de la contestación que había dado á su mensaje su amo.

No había agradado mucho la respuesta á los embajadores.

Pero no tenían más remedio que obedecer las órdenes de su señor, y adoptando en el fondo las instrucciones que les había dado, procuraron suavizarlas en la forma, para ver si evitaban la inminencia de la guerra.

Presentáronse con mayor solemnidad que hasta entónces, acompañados de indios lujosamente ataviados, que conducían braserillos de copal, en los que quemaban un incienso, cuyo humo, perdiéndose en la atmósfera, producía caprichosas espirales.

Seguían á los indios de los pebeteros otros indios con petates, en los que llevaban las joyas y adornos que Moctezuma regalaba á Hernan Cortés.

Como un obsequio de los más preciosos, presentáronle cuatro piedras verdes, muy semejantes á las esmeraldas, á las que llamaban *chalcuites* los indios.

Teutila manifestó que aquel regalo era una gran prueba de la estimación que hacia Moctezuma del soberano de los españoles.

—De joyas como esa no se desprende nuestro monarca más que para obsequiar á los que considera iguales á él.

Lo que ménos importaba á Hernan Cortés era la galantería más ó menos pródiga de Moctezuma.

Lo que deseaba vivamente saber era su resolución.

Después de recibir y de estimar en lo que valían aquellos presentes, entraron Teutila y Pilpatoe con algunos de sus servidores, y Hernan Cortés, con varios de sus capitanes, en la tienda que habían destinado á iglesia los españoles, y como era al anochecer:

—Nosotros, dijo Hernan Cortés á los indios, acostumbramos rezar á estas horas las oraciones. Esperad, y después oiremos el mensaje que nos traeis de parte de vuestro soberano.

Doblando la rodilla todos los españoles, oraron, mientras que Teutila, buscando á Marina, le preguntó qué significaba aquella ceremonia.

—Los españoles, contestó Marina, adoran á la Virgen, y todos los días, cuando el sol está en medio del zenit y cuando desaparece para sepultarse en los mares, recuerdan el misterio de la Encarnación, por el cual creen y confiesan que el Salvador del mundo fué concebido en el seno de la Virgen por el Espíritu Santo.

Hernan Cortés supo en seguida la pregunta que había hecho Teutila á la india, y aprovechando la ocasión, hizo que el padre fray Bartolomé de Olmedo explicase á los indios los misterios de la fe.

Oyéronle con una atención inmensa los circunstantes.

El venerable sacerdote les explicó que solo había un solo Dios, principio y fin de todas las cosas, y les dió á entender que ellos adoraban en sus ídolos al demonio, enemigo mortal del género humano.

Aprovechándose de su asombro Hernan Cortés:

—Los principales propósitos del rey mi señor al enviarme á esta embajada, les dijo, y el motivo que le impulsa á ofrecer su amistad á Moctezuma, es instruirle en los principios de la fe para que aborrezca la idolatría; porque con ella no se puede hacer la felicidad de los pueblos, sino labrar su ruina y condenar el alma.

Yo vengo, pues, para sacarle del error en que vive, para hacer que resplandezca en todo su imperio la luz de la verdad, para demostrarle que por poderoso que sea un soberano idólatra, es inferior al más humilde de los que profesan la religión cristiana.

He aquí por qué razón estoy resuelto á hablar á vuestro emperador

No agradaron tanto á Teutila y Pilpatoe las palabras de Hernan Cortés, como los misterios que habia descubierto á sus ojos el venerable sacerdote.

Teutila sobre todo no pudo contenerse, y levantándose verdaderamente encolerizado:

—Faltais á los deberes de gratitud y de admiracion que os impone el gran nombre de Moctezuma desde el momento en que os obstináis en creerle sepultado en el error, desde el momento en que quereis de grado ó fuerza imponerle vuestras creencias en vez de obedecer sus órdenes, y llegar hasta su palacio, cuando es su resolucion formal que no paseis adelante y volvais á los países de donde habeis venido.

Mal pagais la benignidad con que os ha tratado, mal correspondeis á sus muestras de afecto: no es ya él quien debe mostrarse bondadoso con vosotros.

Su resolucion ya la sabeis. Haced ahora lo que os parezca.

Y sin decir una palabra más, volvió las espaldas y desapareció de la presencia de Hernan Cortés, seguido de Pilpatoe y de las demas personas de su servidumbre.

No esperaba el caudillo español aquella respuesta tan enérgica.

Se habia acostumbrado demasiado pronto á la humildad de los indios, y quedó sorprendido.

Brevés segundos duró su asombro.

Mirando con ironía á los embajadores de Moctezuma, se volvió de pronto hácia los españoles, y sonriéndose:

—Veremos, dijo, en qué para este reto. Yo les aseguro que les costará caro.

No pensaban del mismo modo muchos de los presentes, y Hernan Cortés conoció en su rostro el temor que abrigaban.

—¿Creeis, les preguntó con energía, que debemos obedecer las órdenes del emperador de México, renunciar á nuestras esperanzas y regresar á Santiago de Cuba con nuestra ignominia y nuestra vergüenza?

—No, no, gritaron todos.

—¿No seria indigno de nuestro valor, añadió el caudillo, retroceder ante tan pueriles amenazas, y renunciar á la inmensa gloria que nos aguarda, á las riquezas que nos promete la suerte si sometemos este imperio á la voluntad de nuestro rey y señor Carlos V?

¿De qué sirven los presentes que nos ha enviado Moctezuma?

¿No son una muestra palpable de la debilidad, de la cobardía, del deseo de alucinarnos para ganar nuestra gratitud?

No, amigos míos, no debemos retroceder.

¿Nos amenazan? Tanto peor para ellos: reforcemos las guardias, redoblemos nuestra vigilancia, estemos preparados para cualquier evento, y que los habitantes de San Juan de Ulúa sufran la misma suerte que los de Tabasco.

La Providencia pelea á nuestro lado.

Era de noche, y todos se retiraron á las órdenes de Hernan Cortés, dispuestos á obedecerle, pero no muy satisfechos de la situacion en que estaban.